

L. M. URBANEJA AÇHELPOHL

EL GAUCHO
Y EL
LLANERO

EDICION ESPECIAL

DE "ELITE"

1 9 2 6

LIT. Y TIP. VARGAS - CARACAS

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

EL GAUCHO

Y EL

LLANERO

EDICION ESPECIAL

DE "ELITE"



LIT. Y TIP. VARGAS - CARACAS - 1926

El Premio de "Elite"

QUVIMOS el honroso acierto de adherirnos los primeros, con ingenuo entusiasmo y sincero cariño, a la brillante iniciativa del Excelentísimo señor Doctor don Eduardo Labougle, Ministro de la República Argentina, sobre el gran Concurso de El Gaucho y El Llanero, ofreciendo a nombre de nuestra Revista "ELITE" dos modestos premios al triunfador: Trescientos bolívares y la edición de mil ejemplares de lujo del trabajo premiado.

Venimos a cumplir la segunda parte de nuestra promesa. "ELITE" supo secundar en la parva medida de sus alcances el desarrollo y éxito del simpático y bien intencionado Concurso del ilustre Ministro Labougle, al que se sumó con un Certamen de sonetos sobre El Gaucho y El Llanero el Excelentísimo Sr. Doctor Raimundo Rivas, digno e ilustrado Ministro de Colombia. Buen suceso tuvo nuestro número especial dedicado a los resultados del famoso Concurso.

El honorable Jurado escogido para estudiar los trabajos en prosa fué eminentemente justiciero al darle la victoria a don Luis M. Urbaneja Achelpohl, uno de los más esclarecidos y auténticos maestros de la literatura venezolana, insigne criollista, cuya fama se ha extendido límpida y rutilante por toda América a despecho de su ejemplar modestia, siempre desdeñosa de las modernas y flamantes réclames. Urbaneja Achelpohl, preparado cual ninguno para el triunfo, resultó, con beneplácito unánime, el vencedor en tan noble y laudable justa de acercamiento espiritual entre dos grandes pueblos de similar abo-
lengo heroico y glorioso.

El Ensayo de Urbaneja Achelpohl sobre Gauchos y Llaneros viene a consolidar definitivamente el merecido prestigio literario de su eminente autor, y es con una satisfacción tan íntima como grande que al editarlo en la forma prometida, renovamos nuestros parabienes al señor Doctor Labougle, afortunado iniciador del memorable Concurso, a los señores Jurados, por su fallo acertado, y al insigne maestro Urbaneja Achelpohl, cuya victoria, cosa rara, ha complacido y enorgullecido a todos, intelectuales y lectores.

AGUERREVERE, GURUCEAGA & Ca.

EL GAUCHO Y EL LLANERO

EDICION ESPECIAL DE "ELITE"

EL GAUCHO Y EL LLANERO

(ESTUDIO PREMIADO)



EL solo enunciado del Concurso, implica una nueva orientación en la corriente de simpatías y acercamientos que a Sur América imponen afinidades y fines. Como células de un mismo tejido, nuestras nacionalidades se buscan y tratan de compenetrarse, eliminando diferencias localistas, arrastradas por un imperativo de orden biológico y fisiológico. A una alta Diplomacia corresponde, en un mañana no remoto, obrar estos ajustes,

preparados de antemano en la conciencia mecánica de su organismo, por la América misma. En ese entonces, el inmenso organismo que los geógrafos limitan al Norte, al Centro y al Sur, guardando entre sí la más perfecta armonía, gracias a su amplitud autonómica, cimentada en una doble corriente de influencias, de Sur a Norte y de Norte a Sur, vendrá a ser el eje de una nueva modalidad en la civilización y cultura, que las últimas conquistas científicas anuncian a la humanidad. Sé que estas apreciaciones llevarán a los labios de más de un lector vencidos, alejándose, alejándose hacia el diro salgo al encuentro del esguince, objetándoles que miro al cielo de nuestra América, inspirado en la Geometría de largo alcance, la que contempla en el Espacio las grandes curvas, como meras líneas rectas.

En virtud de este Concurso, puede decirse que una curva ideal une a dos de las porciones

geográficas más extremas del Continente; aquellas donde los caballos se hicieron salvajes y los hombres nómades, aquellas donde, como producto espontáneo de la tierra, parecen ver brotar al pie de los ombúes y de los samanes, a gauchos y llaneros, para incorporarse en la historia general de la humanidad, en un remozar de gestos heroicos, y para ser historia. Y bien, ¿por qué ahora, cuando creemos van a extinguirse y nos los representamos imaginativamente, en la desolación de las llanuras, sobre sus caballejos, rotos y estropeados, como todos los vencidos, alejándose, alejándose hacia el difuso horizonte, hacia el más allá, para no volver jamás, y los envolvemos en nuestra ternura, y llenos de inquietudes, nos damos a interrogar su oscuro destino? ¿Será que gauchos y llaneros se alejan así, así? ¿No estarán de común acuerdo, empleando el prestigioso stratagema bélico, simular la derrota ante el enemigo, pa-

ra volver impetuosos al grito de "Vuelvan Carras"? Es gente, esa, muy marraja. Bien puede acontecer que bajo nuestra flamante indumentaria, asomen las chiripás, las cotonas y los garrasíes. Divaguemos un rato y veamos qué contiene en su fondo este agaje. Adelantarse puede, sin ser aventurado el prejuizar, que nos espera una serie de problemas, no por resolver, pero sí por señalar, con más puntas que un mecate de cerdas.

Antes de internarnos en esta selva de apreciaciones y conjeturas, se nos ocurre inquirir la forma en la cual ha de presentarse este asunto. ¿En la de un canto épico en prosa, muy apropiado para hacernos, mutuamente, la barba, venezolanos y argentinos, y desde luego, ponernos a gesticular y gritar hasta sudar gloria: Son ellos, son ellos los Centauros; una densa nube roja les precede, un solo trueno sordo los acompaña; tendida viene sobre las revueltas crines

la compacta masa; ni el rugir del cañón que la diezma ni el erizado cerco de las espejeantes bayonetas, detiene el ímpetu de los heroicos hijos de la pampa. ¡Chocan! ¡Han chocado como dos nubes de encontrados signos! Ved aquel corcel, cómo casi recto sobre sus traseras patas, se encabrita y yergue, y el llanero se alonga cual si fuera una prolongación del asta de la lanza, que empapada en sangre centellea. Los aniquilan y rechazan, mas ellos se reorganizan bajo el fuego y se arrojan y rompen y destrozan los escuadrones enemigos! En la derrota apagan, con el resuello de sus cerriles potros, los cañones, y con desdeñoso ademán cogen las silbantes balas en la copa de sus sombreros? ¿O bien, doctoral y dogmáticamente, sin dar lugar a objeciones, bajo la garantía de nuestra supuesta suficiencia, fundamentada en un largo y penoso almacenaje de doctrinas cónsonas a la materia? No lo creo. El asunto no es de for-

mas ni de rotundas afirmaciones, sino de buen hablar y de observaciones al margen de la tesis, porque carecemos, por muchas causas, de elementos informativos, bastantes a establecer postulados incontrovertibles, ya que nuestra etnología y sociología son ciencias en el orto, por la sencilla razón de que en el orto se encuentran nuestras nacionalidades. Estas ciencias, en cierto modo pertenecen al número de las que elaboran los pueblos con su vivir, como la Historia. Cada nación tiene su modo de ser sociológico y etnológico. El factor hombre no se debe considerar como una abstracción, sino como algo concreto y muy maleable a la acción del ambiente. Todo es creación entre nosotros. Vamos a saltos, porque influencias exteriores poderosas excitan el neurona nacional. Andamos, de siglo a siglo, lo que otros pueblos recorrieron en diez. Porque América surgió a la codicia, cuando la Europa sufría la preñez conse-

cuencial del Renacimiento. Nuestro embrión nacional, que se origina con la Conquista, cumple su gestación entre el período que abarca los prodromos de la Reforma y la Revolución Francesa. Además existe otro factor, que he dejado para mencionar aisladamente, por su trascendental importancia, cual es la protesta armada de los Comuneros de Castilla, que arrojan sobre América el espíritu de sus libertades municipales y sus antipatías y resquemores contra el absolutismo. Todo esto aclara los rumbos y la rapidez con que se manifiesta nuestra evolución social. De haber surgido antes, nuestra historia y problemas vernáculos, serían otros. Afortunadamente surgimos cuando el pensamiento humano había adquirido nuevas alas, aun cuando Grecia asomaba tras la cuadrada cabeza de Roma. Mencionamos estos hechos, porque como todos los orígenes tienen su matriz en las tinieblas, importa fijar el esta-

do espiritual del mundo viejo cuando hizo su trasplanto al mundo joven. A este discantar nos han llevado, sin querer, no habiendo entrado aún en la propia materia, los gauchos y llaneros, porque hablar de ellos es hablar de la Patria toda, ya que no los consideramos en sí, como tipos aislados, sino como adaptaciones del hombre que surge en América, a su Geografía, como acontece a su vez con el hombre de la cordillera.

Cuando se prepara una batalla, lo lógico y natural es ver con qué material de guerra se cuenta, porque en alas del deseo no se va a ninguna parte, por más que de suyo sea un poderoso estímulo. ¿Con qué hemos de contar por ver de salir airosos de este concurso? Respecto a los llaneros, con la observación directa, sirviéndonos de ella para verificar, rectificar y ampliar los juicios, históricos y literarios, acerca de ellos emitidos; mas en tratándose de los gau-

chos, descontada la imposibilidad del conocimiento directo, quedánnos sólo escasas referencias etnográficas que no nos conducen a una plena comprensión psicológica de éstos; y todo ello, porque hemos vivido ignorándonos los unos a los otros, aunque marchamos juntos hacia una misma finalidad. Loable, creo, pues, a este fin, se iniciase un concurso semejante en la Argentina. Así no sólo llegaríamos a conocer las afinidades psicológicas de gauchos y llaneros, sino también a compenetrarnos de la unidad plasmática continental de habla española, y asimismo a darnos cuenta del deber de interrogar unidos, el destino de este embrión, germen quizás de una futura civilización y cultura, que se apellida América.



Vistos desde el lado heroico, gauchos y llaneros son semejantes. Caracterizábales en sus buenos tiempos un desprecio casi absoluto por la vida. Y esto tenía por fundamento su rudeza, su ignorancia y el arma que esgrimían, la lanza, cuyo poder aumentaba el caballo. Bárbaros y civilizados han fundado siempre gran parte de su valor en su capacidad para destruir. Capacidad que está en razón directa con ese poder. Lo que es completamente humano. La apología del gaucho y el llanero de la edad heroica encierra el elogio de la lanza, arma de superioridad indiscutible, en el antiguo y bello arte de la guerra.

Buscar la causa psicológica de su arrojo no es menguar su valer efectivo. Es como si los sabios se enojaran, porque se dijera que sus obras deben estar en razón directa con la cantidad de energía desarrollada por sus intelectos, dada la mejor organización y armonía funcional de sus

cerebros, de acuerdo con las facilidades brindadas a ellos por el medio social en el cual viven para desenvolver y cultivar progresivamente sus facultades. Lo que no quita a su saber, el valor.

Los hombres no son sabios ni valientes, por el mero deseo. Si lo son es porque en ellos existe la causa generadora del efecto. Gauchos y llaneros conservan su mérito íntegro, en su cualidad distintiva: el desprecio por la muerte. ¿Se ha de recordar que la vida para ellos es un duelo constante contra enemigos emboscados, raramente francos; que el peligro opera en ellos la selección natural y los capacita para la lucha? La vida y el medio ambiente los forjaron.

La vida y el medio ambiente crearon sus afinidades y desafinidades, porque no ha de considerárseles como en un todo, iguales hasta la identidad. El secreto de sus afinidades está en sus vidas y en el medio ambiente. Y ahí hemos

de ir a buscarles para que ellos mismos nos la señalen y expliquen.

Comparando entre sí a gauchos y llaneros, vemos que todo lo privativo y peculiar de los hombres procreados en las tierras llanas les es común. En este sentido existe un aire de familia entre gauchos, llaneros, árabes, cosacos y hasta castellanos, al modo de lo que ocurre con los hombres de mar: entre un grupo de piratas japoneses, ingleses, caribes precolombinos, existe un lazo, únelos en el fondo un parentesco, el de la comunidad del mar y del peligro. Los hijos de la llanura son poco afectos a la ciudad, que representa para ellos una limitación. De este principio generalmente aceptado, no podían exceptuarse gauchos y llaneros. Y en parte despréndese de ello uno de los porqué envolvieran en su desprecio a los hombres de las urbes; desprecio que acrecía al considerarlos inferiores, juzgándoles inhábiles para adaptar su

género de vida, desprecio que llegó a convertirse en odio, según el decir de algunos amantes de las ciencias sociales, cuando la ciudad trató de imponerse a la pampa. Lo que no es de extrañar: toda imposición es odiosa, aunque aporte beneficios. Vió siempre, el llanero, con desconfianza, las techumbres artesonadas. En las ciudades, forjadas en los valles, oprimidas por el cerco de abruptas colinas, fué presa de idéntico recelo al que nos sobrecoge en las cercanías de las cárceles. Cierta vez, encontrándome en los llanos, fuí huésped de un amigo, quien había pasado por las aulas universitarias con provecho, y frecuentemente, en cerrando la noche, me invitaba a pasarla al raso. ¿Mi amigo abrigaba algún temor? No lo sé. Pero interrogado sobre el particular, me contestó: "Aprovecho para darme un gusto. No comprendo cómo se puede amanecer dentro de la casa". ¿La costumbre? No, el llanero con toda

su alma, que revivía en el civilizado, al contacto con su medio. Eso mismo pasa con los peones llaneros que conducen ganado para entregar en las ciudades. Entregado éste, se salen a las afueras, quieren tener ante los ojos la visión de las tierras llanas, permanecer al contacto con ellas, situándose en la vía que se aleja hasta perderse en el corazón de los llanos. ¡Oh, alma llanera, eres la más zahareña de todas las almas que integran nuestra gran alma colectiva!

El hombre que llevamos por dentro, el solitario que nos acompaña, con más frecuencia de lo que se cree, asoma, revélase en una frase, en un esguince, en una mirada; así, una expresión que le arranca del fondo del alma, la llanura, al dominarla desde una altiplanicie andina, nos desnuda psicológicamente al llanero, como a un niño que se bañara en la transparencia de la luz. Esa expresión, que quedará denominando desde ese instante la altiplanicie, es "El Des-

consuelo", grito de su admiración y de su angustia, de su nostalgia y congoja, ante la inconmensurable extensión gris, que desde allí observa, brumosa, como un abismo a sus pies, esfumándose en un horizonte que sugiere la idea de un alongamiento uniforme e infinito. Es el desconsuelo de un alma que se sorprende huérfana y sin rumbo. ¡Cuándo volverá a sus llanuras! ¡Cuándo retornará a las limpias y niveladas sabanas del Apure, estriadas por la red de sus plateados caños! ¡Cuándo verá de nuevo la luna llena en el fondo de la sabana, como viniendo hacia él sobre la tierra llana con su grotesca faz atiborrada de misterio! Sólo al llanero le es dado apreciar en toda su intensidad el contenido de esa condensación, de su angustia y admiración. El Desconsuelo, grito que nos lo entrega de un golpe, sin engolfarnos en sutiles inquisiciones históricas y filosóficas, lejos de las oropelescas falsificaciones de quienes con

ellos nunca convivieron. Algo análogo debe pasar en el alma del gaucho, quien por nada en el mundo trueca el vivir en sus soledades, en las cuales las densas oscuridades de las noches mismas, están llenas de huecos, de rumbos que se pierden en el infinito, a todos desconocidos, menos a su instinto de vaqueanos y rastreadores.

Otro punto de tratar es la tristeza gaucha y llanera; puede ella revelarnos algo profundo y solidario en el campo de las afinidades tras que corremos. Es corriente el decir que tienen el alma dolorida, que es gente triste, y más aún, que esa tristeza se ha intensificado al contacto con la civilización, que le acorrala entre hilos de alambre, sujeta y vence. Veamos.

Nunca punto de contacto más verdadero que la ingénita melancolía que por los poros de la tierra llana se escapa y empapa la comarca, el medio geográfico que los cría. Pero, esa tristeza, es la misma tristeza cosaca, beduina y hasta

la tristeza castellana; la tristeza de las tierras lisas, extendidas, con lontananzas inquietantes. Sana y noble tristeza que aparece en la Historia como expresión de fuerza. Triste es el árabe y conquista casi en días un mundo y esboza una civilización. Triste es el castellano y se extiende a imponer sus normas y sujeta a sus dominios el Sol. Triste es el cosaco y amalgama las Rusias, unce el Oriente al Occidente. Tristes son gauchos y llaneros y hacen historia en América. ¿Y por qué estos pueblos tristes se entran, como dicen, a caballo por la Historia? ¿Qué tristeza es esa que los esparce por la Tierra? Es que existen dos géneros de tristeza: la tristeza de lo agotado, de lo que se consume lentamente, extinguida la simiente de la vitalidad, tristeza de lo que está ya muerto y que sin embargo persiste, le sobrevive por tiempo ilimitado, como acontece con el postrer destello de astro agónico, que para herir nuestras

pupilas, marcha veloz devorando siglos, y en cuyo transcurrir dejó de ser la ígnea fuente de su origen; y la otra tristeza, la tristeza que envuelve, que aprisiona, adormece lo que no ha cumplido su destino, la tristeza creadora que acecha y vela el instante, para revelarse e imponerse, la tristeza como expresión de fuerza, la tristeza de los impacientes, de los predestinados y de los pueblos niños. Y esta última, la gran tristeza, es la única tristeza de América, la tristeza de sus impaciencias.

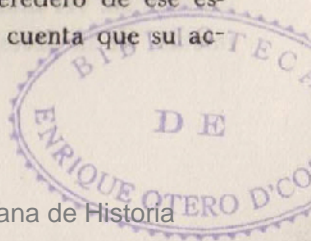
Como gauchos y llaneros tienen el alma llena de la melancolía de las soledades, atribúyese esta propensión o modo de ser espiritual al aborigen y al negro que perviven en su sangre. Ni el indio ni el negro fueron nunca esencialmente tristes, antes por lo contrario, poseen una alegría ruidosa y el matiz melancólico que en ellos asoma, viéneles sólo de la naturaleza agreste que les rodea. Fenómeno a que no es-

capa ni el mismo blanco civilizado, cuando por largos años perdura en plena soledad selvática. No hay tal tristeza natural india o negra, sólo que apreciamos su alegría amargada, oponiéndola a la franca alegría del blanco dominador. En el fondo es este un problema de la sensibilidad, de acuerdo con las razas. Tal es así, que nuestros aires musicales genuinos son tenidos por tristes y monótonos, incapaces de arrebatarse hasta enloquecer a otros que no fuéramos nosotros. Todo venezolano, por supercivilizado, por cultivado que tenga el oído, se enardece, inflama, apasiona, enfervoriza, con los sones del joropo. Esa idea de la tristeza, en indios y negros, como expresión de inferioridad, nace en el alma del blanco que le vence y esclaviza, al considerar la situación en que se encuentran los vencidos y esclavizados, de acuerdo con su Yo de dominador. En el corazón del vencido y del esclavo no domina sino el odio,

y si existe una forma de tristeza es la del que espera ver degollar a sus enemigos. La tristeza, en este caso, es un disfraz de las impaciencias, del deseo de repeler; un revelarse encubierto de la idea de fuerza, ante una resistencia insuperable a su explosión. Además, gauchos y llaneros no tienen solamente de indios y de negros, sino también de blancos, puros criollos, producto de varias razas, como probablemente lo son los hombres todos desde que el mundo es mundo. Ir tras el clásico concepto de raza, es correr tras un fantasma. De todas las teorías emitidas acerca de éstas, la más en razón es la que asienta que sólo existen razas históricas, desarrolladas de acuerdo con el medio. Según esa teoría, denominamos hoy como razas, la francesa, la inglesa, la alemana, etc., y la española. Es decir, un grupo de hombres que para ponerse de acuerdo entre sí, necesitan un número de años, *variables con las circunstancias*

y la capacidad de compenetrarse, colocados en un medio geográfico determinado. Razas se formarán siempre que se cumplan esas condiciones, porque el hombre es el más maleable de los animales y en ello consiste, quizás, una de sus mayores superioridades.

Volviendo a la tristeza gaucha y llanera, ¿por qué conceptuarla como producto del abatimiento, ante su incapacidad para adaptarse a forma de superior cultura, cuando esta tristeza no está solamente en ellos, sino que es extensiva al hombre de América? Es, en sí, un estado de inconformidad, pero de inconformidad superior. Colocado ante civilizaciones que en su ascender ya inician la curva de su descenso, aquel padece, sufre y desalienta, porque no alcanza en su desarrollo actual, el superar, en la resolución de problemas, que no le competen, por más que se considere heredero de ese esfuerzo humano, sin tener en cuenta que su ac-



tuación ha de ser, ¿quién lo sabe?, si otra radicalmente opuesta. Toda vida, como todo arte, es una realización singular, una interpretación. El que solicite fuera de sí, hombre, pueblo, nación, su íntimo manifestar influenciado por formas extrañas, no perdurará en el tiempo. Por lo que a la hora actual, América debe buscarse tan hondamente a sí misma, hasta encontrarse, sentirse, si es verdad que un síno rige, se impone con la dureza de un mandato irrevocable a los hombres y a los pueblos capaces de hacer historia, de la cual ya América originalmente ha trazado líneas de acentuada orientación, en cuyo desenvolvimiento debe persistir con la tenacidad del empecinado.

Abandonando todas estas cuestiones al devenir, busquemos la causa generadora de esa tristeza, en lo inconmensurable de su medio geográfico, sin ver más en ella, síntomas de agotamiento, de la desesperanza del que nada espe-

ra porque ya hizo su recorrido vital. A ella, a la tristeza como expresión dinámica, deben gauchos y llaneros el haber sido factores de primer orden en la creación de nuestras nacionalidades.

Con cuanto caben en el término de semi-bárbaros, aparecen en la historia. Semi-hordas, sin noción de Patria, como casi todos los suramericanos de la plebe, prontos a seguir al más audaz, con tal que les deje hacer cuanto les venga en gana. Para ellos la muerte es un simple accidente y la propiedad obstáculo a su comunismo de primitivos. Es el indio, el negro y el árabe que le vienen en la sangre de España, donde parecen haberse dado cita las razas todas del mundo, quienes le impulsan, llevan y traen haciendo historia. Es una nueva expresión humana sobre el potro recién conquistado a su vez, porque se ha vuelto casi salvaje. Tienen todas las cualidades de los seres con los cuales conviven. Nos hacen recordar que los primeros

maestros de los hombres fueron los animales. ¿El tigre, el zorro y hasta la paloma, no nos enseñan a ser fuertes, a vencer? Agrégueseles las pocas virtudes y los muchos vicios, que atropelladamente se congregan en nuestra sangre por ser hombres y que por estar en su comercio, púlense o defórmanse. Rudos, ignorantes, sin nada que les ataje, están hechos para destruir, pero la destrucción, en ellos, será creación. Es el alma bárbara de América que irrumpe, que se yergue ante la América culta de las tradiciones coloniales sujeta a reglas, a amaneramientos, leída y perfumada que ha pasado por Salamanca, por Madrid, por París, por Roma, que usa guantes, se envuelve en sedas y aspira a conservarlo todo bajo los mismos cánones, pero sujeto a su ingerencia inmediata, sin mayores trastornos, buenamente y hasta honradamente, sin darse cuenta de que se efectuaba en ella como un desprendimiento de ella misma, que

había empollado un alma nueva, pronta a revelarse en su profenómeno: Simón Bolívar. A este sucinto cuadro, puede reducirse toda la historia de América, haciendo extensivo el concepto de gauchos y llaneros a toda la plebe. No se puede dar con las afinidades que guardan estos entre sí, sin hacer un recorrido de nuestra historia, hasta en el momento en el cual nuestras nacionalidades comienzan a definirse ellas mismas, a determinar sus estructuras.

Mirando a la historia, viénense a la mente, por más que se les quiera expulsar, dos representativos del tipo de América considerados por muchos como productos de la adaptación al medio, el uno de las pampas, el otro, de los llanos: ROSAS y PAEZ. Es aquél, la exaltación del espíritu gaucho; es éste, la exaltación del espíritu llanero, con todas sus cualidades, tanto buenas como malas. Ambos se hubieran ofendido si no se les hubiera tenido por tales.

¿Qué es ROSAS? Un muchacho rebelde que se huye a la pampa y que la pampa devuelve impregnado de pampa. Un hombre que se ha hecho al medio y el medio ha puesto en capacidad de dominar. ¿Y PAEZ? Otro chico, que el temor lleva a internarse llano adentro, al llano más llano de los llanos, que hace de él el más llanero de los llanos. Ambos, en cierto sentido, no obstante sus errores, son forjadores de Patrias. ROSAS, el gran burlador de gringos, con su patria estrecha y su enemistad con la civilización, inicia inconscientemente la gran patria futura, al acabar de destrozar un organismo antiguo, incorporando un elemento social a otro. En América el fenómeno político-social de su transformación, seméjase a un proceso de incorporación. Grupos de semi-bárbaros de una civilización que se esboza asaltan a otra antigua, formulada, encerrada en sus tradiciones y limitada por sus códigos. ROSAS y sus gau-

chos, eran bárbaros, que asaltaban la cosa pública, nivelaban, quebrantaban todo lo que se oponía a sus quererres inmediatos, y esos bárbaros inconscientemente trabajaban por la amplitud de los conceptos de equidad y justicia, con que fueran mirados los hombres de América, y que aún persistía si no en su integridad, en parte de lo que subsistía del viejo organismo que no se había despedazado de un todo. Amplitudes, introducidas por doctrinas y teorías, sostenidas en la pugna emancipadora, novedades que las masas reclamaban sin comprender, deformándolas, y cuya burda interpretación origina lo teratológico de la evolución político-social de América.

En la imaginación del pueblo vive y perdurará, por siglos, el PAEZ de leyenda homérica. El pueblo mírase en él, como él cree haber sido y ha de ser cuando se llegue el caso. Ha hecho de él un reflejo de sus propias hazañas y

heroísmos. Representa lo bélico y heroico popular. El es pueblo, plebe dignificada, enaltecida por el heroísmo. Está de acuerdo con su disimulo, su astucia, su indisciplina, su egoísmo, su fiereza, valor y arrojo. Páez es lo humano, carne de su carne. Bolívar es olímpico. Cuando la plebe se vuelve hacia éste, míralo como el antiguo pagano a Júpiter. Posee el trueno y el rayo. A su alrededor, gira cuanto existe. Lo sabe y lo resuelve todo. Su poder es ilimitado. En cambio PAEZ, vive entre ella. Tiene sus pasiones, sus mezquindades, toda la fealdad y la belleza de la masa popular. Bolívar es supraterrrestre, y se le implora. Cuando se ve triste y aporreada, la plebe piensa en el *taita* Bolívar: "Si Bolívar volviera la dicha se esparcería sobre la Tierra". Cuando la rabia le hierve en el pecho, el pueblo piensa en su compadre, el mayordomo PAEZ, y en su lanza. Bolívar en el tiempo es mito. Ombligo de nues-

tra nacionalidad. Nuestra razón de ser. Para él nuestras interrogaciones. Es la mente creadora. Aporta una nueva moral en la concepción de América, como conjunto activo, combatiente y progresivo en la dirección de un síno que él presiente como vedor en la noche de su ensueño. Su gesto, su palabra, su ademán, no tienen otra interpretación, sino la de *superar* realizando. Después del Libertador no hay nada, ni habrá nada más, en el mundo nuevo. Es su único heraldo, eje, núcleo, plasma, brújula en el mar de las incertidumbres. Es nuestro sentimiento cósmico fundamental e inmutable. Alejarse de él es perderse. Es la estrella polar en la realización de nuestras posibilidades.

Dejando a un lado al PAEZ símbolo, interpretemos al PAEZ caudillo, al PAEZ de los que no tuvieron ojos para ver en un instante de aberración colectiva, lo trascendente de la obra bolivariana, y el de los empeñados en conservar

a todo trance, lo poco que aún subsistía de la época colonial, lo cual nunca jamás llegaron ellos a creer fuera desarraigado, bastardeando así su primitiva aspiración a que todo quedase idéntico, haciendo resurgir, cuando el ocaso de la magna gesta, el fantasma recargado de privilegios, de los viejos regímenes coloniales. Ese PAEZ, cabeza de Estado, no enemigo del gringo, que hace por civilizarse y civiliza, acatando los consejos de la sabiduría, es a mi modo de ver un creador de patrias, cuando se impone a la anarquía.

En Venezuela la conmoción ha sido honda, profunda, radical, y la clase directora no es capaz de detener a las plebes que piden su incorporación. La patria en ese instante es un caos, y PAEZ al asumir el poder viene a servir de núcleo. Es plebe, pero por el concepto que la gente se ha formado de su heroísmo, de hecho ha adquirido lugar entre lo que representa la

tradición. Y se le ve como a un inmenso gigante, interponerse al embate de las dos corrientes; es el regulador, el armonizador, y el derecho y la estabilidad surgen con él. Cuando recobra para Vargas la Jefatura del Estado, funda el poder civil, su tradición, el respeto a la Ley. Cuando interpone sus influencias armonizadoras a las violencias partidarias, es precursor del liberalismo. Y aunque la historia se dé cuenta de los hilos de aquel drama, no puede menos que mirarle como a un político insigne y un patriota eminente.

Pero ni ROSAS ni PAEZ, inconscientes actores en la evolución, ciegos al conocimiento de las simples leyes, que conducen a sus finalidades tanto los organismos sociales como individuales, tienen otro carácter sino el accidental ilimitado, que cabe representar a los hombres en ese fluir eterno, que encierra el misterio de la vida, en el cual nos encon-

tramos independientemente de nuestra voluntad y acuerdo.

ROSAS y PAEZ, viniendo de las pampas y las llanuras con signos al parecer opuestos, se asemejan, porque en todo destructor existe un creador. El uno es un ariete, que le cumple destruir lo que aún resta de la vieja estructura, para que el futuro se imponga. Tras la noche de ROSAS está la aurora argentina. El otro, en medio de la ruina total del edificio antiguo, hace de núcleo, hacia donde convergen todas las aspiraciones, e impone la unidad nacional, expuesta a volver al estado primitivo, en el provincialismo colonial, y a construir una serie de pequeños Estados como nuestras hermanas las Repúblicas de Centro América.

Si de las consideraciones de orden histórico y sociológico, descendemos a las puramente geográficas, en persecución de afinidades entre gauchos y llaneros, y abstraemos de cualquiera

otra apreciación, al evocar la pampa y la llanura, su igualdad y su conformidad se hace una como una es su monotonía y su dilatada extensión, merced al relativismo de nuestra simple visión, según la cual, cielo y tierra se juntan en la lontananza. En la pampa y en los llanos, el cielo encaja, en veces, tan limpia y perfectamente, hacia cualquier rumbo de los cardinales, como el casquete de una media esfera, lo que contribuye a darnos una sensación oceánica. Verdaderamente la llanura es un mar ondulado, accidentado en ciertas regiones, como en otras unido, parejo, sin la más ligera arruga, como las muertas aguas de un inmenso estanque. Esa es la sensación óptica que deja en nosotros cualquier llanura al primer golpe de vista. Pero sobre ellas obran otros factores, que les imprimen verdadero y peculiar carácter, que les distinguen entre sus iguales. Cada llanura tiene su individualidad que obedece o está de acuer-

do con su clima, flora, fauna y la periodicidad de los fenómenos meteorológicos y la originalidad de su hidrografía. Y ahí es donde se debe ocurrir en primer término, en solicitud de las afinidades de gauchos y llaneros. La influencia geográfica es indudable. Física e intelectualmente somos como sus reflejos, sin que por esto dejen de actuar otras influencias que en conjunto determinan el tipo. Tanto es esto así que las correspondientes latitudes en que se encuentran gauchos y llaneros modifican sus costumbres, imponen variaciones que se revelan hasta en sus mismos trajes. El modo como la necesidad de abrigarse ordena a los hombres, tuerce y hasta trae nuevas orientaciones en medios al parecer semejantes. El traje obedece a la latitud y a la geografía, como lo demuestra el estudio de su evolución, donde la moda y otras urgencias sociales no lo alteran. El gaucho vive en una llanura austral y el llanero en una tropical.

Al gaucho le precisan, el poncho, las botas de potro y la chiripá; y el llanero pásase sin estas prendas que abrigan y dan calor. Si la necesidad le obliga, no le es duro vivir como el aborigen, semidesnudo.

Si hilando de lo fino, por pura majadería, nos diéramos a estudiar la idea que gauchos y llaneros se han formado de la libertad, concepto que en ellos ejerce gran influencia, veríamos que lo austral como lo tropical, han introducido en la apreciación del concepto, variaciones imperceptibles, como sucede con algunos motivos sobre un mismo tema musical, y así, en las diversas actitudes que los hombres toman ante los principios generadores de la civilización. Y es esto por lo que, con la lenitud del caso, cada una de nuestras nacionalidades hace sus contornos, su cara, su fachada, de acuerdo con el organismo que se llama América, la cual a su vez esboza su personalidad al actuar ante la vida.

Quien considere a América como una continuación de Europa, nunca comprenderá a América.

La idea de continuidad fenomenal que individualmente nos viene de asimilarnos las ideas de Europa no nos deja ver con nuestros propios ojos nuestra propia vida. Étnica y sociológicamente América debe considerarse como un sér nuevo y como tal estudiarla. Su instinto es quien la guía, y de acuerdo con su instinto se plasma.

Las afinidades entre gauchos y llaneros estriban en lo que hay de semejante en los medios en los cuales viven y mueren. Medios análogos imponen necesidades y costumbres análogas, principio confirmado a la evidencia. Si nos diéramos a considerar cada una de las semejanzas que entre ellos existen, con las variantes y modificaciones propias, sería estudio demasiado prolijo y descenderíamos a la anecdotología. Fijemos, pues, las que caracterizan más su paren-

tesco espiritual y en virtud de las cuales se han impuesto en la historia. El amor a la libertad y a la igualdad. Su idea comunista de la propiedad, comunismo primitivo. Su horror a todo lo que limita, en pugna constante con su amor al espacio, una de las causas de su desaveniencia con las ciudades. Su admiración por la fuerza y la astucia, el valor y su indiferencia en dar y recibir la muerte, de todo lo cual arranca su apego al caudillismo. El caudillismo llanero y pampero está fundado, como todo caudillismo, en la idea de fuerza, de superioridad. Estos puntos de contacto si no son los más pintorescos y poéticos, al menos pueden conducirnos a una apreciación psicológica de sus afinidades, sin menospreciar por ello otros puntos de vista igualmente interesantes .

Sin otro espíritu que el de la pura observación, he de anotar que el caudillismo gaucho supera en crueldad al caudillismo llanero, según

se infiere de las apreciaciones históricas. Materia esta que se presta a una larga e interesante disertación, que nos llevaría lejos del propósito del concurso. Si he hecho hincapié en ello es porque juzgo que este fenómeno depende de la supremacía de un factor étnico sobre los otros factores, que constituyen a gauchos y llaneros.

Por las venas del caudillo gaucho corre la misma sangre del caudillo llanero. Aviniéndose, rechazándose y neutralizándose en sus impulsos, júntanse en el cauce de sus arterias, caucasoides, negros y mongoloides. De la relación que guardan entre sí estos elementos, dado su aporte en la formación del tipo, depende el fenómeno en cuestión. Primitivamente en el gaucho, el orden era el siguiente: indio, blanco y negro; y en el llanero: indio, negro y blanco. De la supremacía del caucásico y de su idea de superioridad, proviene no el salvajismo sino la crueldad del caudillo gaucho. Ni el indio ni el

negro tienen la crueldad blanca, que la civilización ha desarrollado en el caucasoide. El hombre blanco es esencialmente cruel, crueldad que va en aumento con el acrecimiento de su dominio sobre la naturaleza, que le lleva a valorar su civilización como la más perfecta y a él como el supertipo humano. Puede ser que tal fenómeno se cumpliera en las otras razas, si alcanzaran una cúspide de civilización. Todo es posible. Así nos lo sugiere el caribe, cuando afirma orgulloso, según el etnólogo: *ana carine rote*—sólo los caribes son hombres—*amucori paparoro itoto manto*—todos los demás son sus esclavos. Pero la crueldad blanca de estos últimos tiempos, originase de la tesis que sostiene la supremacía de unas razas sobre las otras. Y esta convicción ha venido a tomar tal carácter en las llamadas razas superiores, que en nombre de la civilización, del altruismo, de la suprema bon-

dad, a muchos de los hispanoamericanos, los eliminarían tranquilamente, con la misma tranquilidad con que nosotros damos fuego a un paño de sabana para extinguir las garrapatas que enferman a nuestros ganados.

Si continuamos percibiendo similitudes, nos encontramos con tipos que se corresponden entre gauchos y llaneros. El vaqueano, el rastreador y el cantor son tan de aquí como de allá. Todo llanero, de sogas y caballo, es un vaqueano, un rastreador y hasta un cantor. El llanero es un topógrafo tan excelente como el gaucho, y de ahí en parte el prestigio de alguno de sus famosos caudillos. Del rastreador llanero cuéntanse historias que maravillan como las de su congénere el pampero. De cantor a cantor la copla y la copa pueden ir de una mano a otra intacta, ni más sarcástica, ni epigramática, ni filosófica. Y de aventuras extraordinarias, algunos de ellos se han visto con el diablo y mandinga ha toma-

do el banco. Sólo en música, que como casi todos los usos y costumbres llaneros tienen un origen en el mediodía peninsular, existe una ligera diferencia que creo sea debida a la influencia africana. La música gaucha es más variada en su armonía y compleja en su sentido musical, según informes. La llanera es monótona y simple, no se extiende sobre el mismo asunto, se conserva acompasada, fuerte, cansona y jadeante.

Y aún quedan cabos que atar, en esto de ir tras cosas de allá y de acá. Existen palabras no sólo de uso corriente entre gauchos y llaneros, sino generalizadas entre la plebe, tales, como la de "desgraciar" por haber cometido algún delito en estado de ofuscamiento, y la de "marcar", por señalar con algún instrumento cortante al enemigo. También el empleo de ciertos útiles, como el cuchillo. El cachablanca en el llano y otras localidades hace variados

oficios, desde tenedor a arma homicida. Cabos estos que a veces despejan misteriosas afinidades e indican orientaciones a etnógrafos y sociólogos.

De todo lo expuesto pueden colegirse las afinidades tras que hemos corrido. Y asiéntase a la vez que gauchos y llaneros, como hispanoamericanos todos, constituimos una nueva y original concretación humana, anunciada e incorporada autonomáticamente en Ayacucho, no sólo como entidad moral y jurídica sino como algo capaz de crear una nueva orientación en la corriente general de la cultura humana.

Impacientarse, hacer preguntas acerca de nuestro destino, no tiene objeto. Quien nos lleva de la mano es el Libertador. Confiemos. Nuestro Síno es inmutable. Evolucionamos pero de acuerdo con el amplio ritmo de nuestra América. La estela que deja nuestro navío, es nuestra propia historia, efímera, como todas las

historias de los hombres, pero necesaria y fatal desde que se dijo: ser, y fuimos.

Gauchos y llaneros, ahora, cuando se dicen en camino de desaparecer, se transforman; su tristeza leyendaria les llevará a manifestarse en otra forma de la actividad humana. En tanto, sus heroicos antepasados, a proporción que penetramos en la tenebrosidad de las edades que nos esperan, en relieve, fulgurantes y magníficos, se destacarán a la admiración de las nuevas generaciones como entes míticos. Y reales les hará la realidad de sus hazañas.

Fin

